

**DON JOSE SANCHEZ
GUERRA.
SU DISCURSO
DE FEBRERO DE 1930
FUE UN GOLPE
DECISIVO
PARA LA MONARQUIA.
(FOTO: ALFONSO.)**



Un discurso que hizo caer un trono

1930: TRANSITO DE LA DICTADURA A LA REPUBLICA

EDUARDO DE GUZMAN

Forzado a dimitir el general Primo de Rivera el 28 de enero de 1930, como consecuencia obligada del resultado desfavorable de su sorprendente consulta a los altos mandos del Ejército y la Marina, dos días más tarde se constituye un nuevo Gobierno, presidido por el teniente general don Dámaso Berenguer Fusté, antiguo ministro de la Guerra y alto comisario de España en Marruecos, que desempeña a la sazón la jefatura de la Casa Militar de Su Majestad el Rey don Alfonso XIII. Los propósitos del Ministerio que encabeza el conde de Xauen son claros y concretos: restablecer la normalidad constitucional interrumpida por el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 y pacificar los espíritus alterados por la Dictadura que durante seis años, cuatro meses y quince días acaudillase el segundo marqués de Estella.

TANTO los antecedentes liberales del nuevo presidente del Gobierno como la fórmula utilizada para su juramento ante el soberano, implican un giro de noventa grados en la política imperante en España durante los años precedentes. Van a devolverse al país las libertades reconocidas y proclamadas en la Constitución de 1876, poniendo fin a los desafueros jurídicos y a las arbitrariedades gubernamentales de un largo período dictatorial. En definitiva, se trata de borrar de un plumazo todo lo acaecido durante bastante más de un lustro para retornar a la política, las prácticas, los partidos y los hombres que dirigieron la vida pública española con anterioridad a 1923.

La tarea propuesta entraña considerables

riesgos y dificultades. De un lado, porque muchos entienden que las responsabilidades de la anomalía legal en que ha vivido la nación no se detienen en el hombre que encarnó personalmente la Dictadura, sino que alcanzan a un poder moderador que no supo, no pudo o no quiso cumplir y hacer cumplir el Código fundamental que había jurado observar, cualesquiera que fuesen las circunstancias, en la más solemne de las ceremonias. De otro, porque los viejos políticos, hacia quienes ahora vuelve sus ojos la Corona, están dolidos por la forma en que fueron apartados del poder y más aún por la campaña de descrédito desarrollada desde las alturas de la gobernación del país contra ellos y su gestión. Sin olvidar, naturalmente, que los graves problemas que se pretendió

solucionar mediante el recurso a la Dictadura continúan en pie y considerablemente agravados, con la única excepción de la pesadilla marroquí, y que la opinión popular, politizada hasta la médula como reacción lógica a la contumaz pretensión de mantenerla apartada de la política, mira con desconfianza, cuando no con abierta hostilidad, a las más altas jerarquías del Estado.

LA APERTURA DE 1930

La caída de la Dictadura es acogida con mayor unanimidad y superiores muestras de satisfacción de las que años antes acogieron su implantación. Las cuatro quintas partes de la nación desaprueban la trayectoria seguida por Primo de Rivera y esperan que su desaparición de la escena política repercuta favorablemente en la vida nacional. La aristocracia palatina, los grandes financieros e industriales, los estudiantes, los trabajadores, las profesiones liberales, los diversos partidos monárquicos y no digamos los antidinásticos, reciben con nada disimulado júbilo la desaparición del dictador. En su cuenta se cargan todos los errores habidos y por haber, y la Unión Patriótica, que el marqués de Estella llegó a considerar auténtica, honrada y desinteresada representación de España entera, se desbanda con mucha mayor rapidez que se constituyó a la sombra, protección y amparo del poder público.

No obstante la satisfacción casi general por la caída de Primo de Rivera, el general Berenguer tropieza con grandes obstáculos para constituir el Gobierno que ha de sustituirle. Las personalidades más descollantes de los partidos monárquicos tradicionales aplauden el nombramiento del conde de Xauen, celebran la orientación que piensa seguir, pero con uno u otro pretexto eluden su colaboración personal. Los llamados constitucionalistas —entre los que aparecen figuras como Villanueva, Burgos Mazo, Melquiades Álvarez y Bergamín, e incluso con ciertas reservas y salvedades, Sánchez Guerra y Ossorio y Gallardo— no ocultan su desilusión porque en los propósitos de Berenguer ni siquiera figure la convocatoria de unas Cortes Constituyentes que, dadas las circunstancias que vive España, consideran imprescindibles. A los liberales —Romanones, García Prieto y Alba— les duele que todos los ministros designados pertenezcan al partido conservador. E incluso entre los conservadores hay ex ministros que,

como don Juan de la Cierva, se consideran injustamente excluidos y menospreciados.

Tampoco consigue Berenguer que personas que le ofrecen todo su apoyo y el de sus amigos políticos —Bugallal, Cambó y Gabriel Maura— acepten desempeñar personalmente determinadas carteras. Sin embargo, como el tiempo apremia y está decidido a hacer honor al encargo recibido del monarca, acaba formando un Gobierno con lo poco que tiene a mano, conformándose con la participación del duque de Alba, del general Marzo, del almirante Carvia y de los señores Matos, Argüelles, Estrada, Wais, Tormo y el marqués de Guad-el-Jelú. Todos son personas inteligentes, con excelente preparación para los cargos que han de desempeñar; pero ninguno pasa de figura secundaria en la escena política nacional, con menos arraigo y popularidad de lo que fuera deseable para emprender el difícil camino de regreso a la normalidad constitucional después de un período prolongado de métodos dictatoriales.

El Gobierno, formado con prisas el 30 de enero, tiene un claro aire de provisionalidad. Ni entonces ni en los meses sucesivos abandona Berenguer la esperanza de conseguir incorporar a su equipo ministerial personalidades más destacadas. El conde de Xauen, que acepta la misión que se le encomienda con la disciplina de un soldado, se muestra dispuesto a ceder el poder a quien don Alfonso considere con mayores posibilidades de llevar la nave del Estado al puerto ambicionado, que bien pueden ser los centristas del duque de Maura y Cambó o los liberales de don Santiago Alba. Pero, por unas u otras causas, todas las gestiones fracasan y Berenguer habrá de continuar al frente del Gobierno durante más de un año, para cedérselo al almirante Aznar en febrero de 1931 cuando la causa monárquica puede considerarse poco menos que definitivamente hundida.

De la interinidad con que se constituye el Gobierno, es buena prueba que, pese a lo acuciante de la situación y a los requerimientos que se le hacen por parte de las personalidades políticas con quien conferencia el conde de Xauen, tarde nada menos que veinte días en esbozar su programa gubernamental en una declaración oficial. Antes de publicarla necesita celebrar una larga serie de Consejos y tomar algunas medidas que considera inaplazables. Entre ellas está una amnistía promulgada el 6 de febrero,



EL 28 DE ENERO DE 1939 DIMITIA EL GENERAL PRIMO DE RIVERA. LO QUE SIGNIFICABA EL FIN DE LA DICTADURA. OTRO GENERAL, BERENGUER, FUE ENCARGADO DE FORMAR GOBIERNO. AQUI VEMOS A AMBOS DIRIGENTES EN EL ACTO DE TRANSMISION DE PODERES, ACOMPAÑADOS (A LA IZQUIERDA DEL LECTOR) POR EL TAMBIEN GENERAL MARTINEZ ANIDO.



EL GENERAL BERENGUER NO ENCONTRO APENAS NINGUN APOYO A LA HORA DE FORMAR SU GOBIERNO. POLITICOS LIBERALES COMO EL CONDE DE ROMANONES —QUE EN LA IMAGEN APARECE, CON SOMBRERO, CHARLANDO CON ALVARO DE ALBORNOZ— SE SINTIERON DOLIDOS PORQUE TODOS LOS MINISTROS DESIGNADOS PERTENECIAN AL PARTIDO CONSERVADOR.

amplia y generosa en lo que respecta a los delitos militares y políticos, pero muy restrictiva en lo que se refiere a los de carácter social; el anuncio de la suspensión de numerosas obras públicas excesivamente costosas proyectadas por la Dictadura; el nombramiento de gobernadores civiles para las diferentes provincias y la designación de nuevos Ayuntamientos y Diputaciones, los primeros de los cuales quedan constituidos por una mitad de los concejales que con anterioridad a 1923 obtuvieran las más nutridas votaciones y otra mitad integrada por los mayores contribuyentes.

La declaración oficial de propósitos se facilita al país por medio de una nota a la salida del Consejo de Ministros celebrado el 18 de febrero. Se trata de un extenso documento abundante en promesas de soluciones políticas y económicas para los problemas que España tiene planteados, pero sin concreción de las fechas en que habrán de darse los pasos necesarios. Tras afirmar que el Gobierno reitera su firme propósito de restablecer el orden jurídico ("lo que quiere decir

imperio de la ley por encima de todo; prohibición de todo arbitrio o recurso fuera de ella, para los que el Gobierno no habrá de encontrar nunca justificaciones que de la ley trasciendan"), anuncia que asistiremos inmediatamente "al resurgir de actividades en letargo durante tanto tiempo, sin inhibiciones peligrosas ni entorpecimientos innecesarios". "El Gobierno verá cumplida su misión si, pacificados los espíritus, deja anudadas al hilo de la legalidad, para dentro de su marco cobrar vigor y sano desarrollo, todas las energías nacionales, incluso las de orden político, que han de ser en su día instrumentos necesarios para la continuidad de esa misma legalidad, de acuerdo con el carácter peculiar del pueblo español y con sus necesidades esenciales".

Sobre llegar con un considerable retraso, la declaración ministerial no satisface a nadie. Las intenciones que expone Berenguer son excelentes, pero, como algún periódico recuerda, "de buenas intenciones está empedrado el infierno". Aunque algunos periódicos aprueban la postura del Gobierno

—“ABC”, “El Debate”, “El Imparcial” e “Informaciones”, por ejemplo—, otros le ponen considerables reparos, luchando con los inconvenientes de la censura que continúa en pie. Los de tendencia liberal, como “El Sol”, “La Libertad”, “Heraldo de Madrid” y “El Liberal”, la critican severamente, igual que “El Socialista”. Por su parte, “La Nación”, que ha sido portavoz oficioso de la Dictadura y continúa siendo enérgica defensora de su labor, se duele del apartamiento completo del rumbo trazado por Primo de Rivera. En cuanto a la opinión pública, no toma demasiado en consideración las promesas de un Gobierno a quien ya denomina abiertamente de “Dictablanda”, por oposición a los que le precedieron inmediatamente.

El juicio de algunos viejos políticos, incluso de los que figuran en la derecha monárquica como don Juan de la Cierva, no puede ser más duro. Refiriéndose al Gobierno Berenguer escribe textualmente: “Aquel Gobierno tenía entre otros inconvenientes, el que se

viera demasiado la iniciativa del Rey en los detalles de su formación. Al salir de la Dictadura y restablecer como se anunció el régimen constitucional, habría sido preferible llamar al poder a la más alta representación de la política monárquica, previa meditación y asesoramientos bastantes para asegurar el acierto. No se hizo así, y el Gabinete pareció una prolongación del poder personal que se imputaba al Rey haber ejercido con la Dictadura”.

LA FIGURA POLITICA MAS PRESTIGIOSA

La declaración ministerial, con todos sus fallos y defectos, tiene la virtud primordial de poner término al compás de espera que numerosos políticos se han impuesto—voluntariamente unos, cediendo otros a los amistosos requerimientos del propio Berenguer— antes de hacer pública su actitud y postura, luego de varios años de forzado silencio. Entre ellos se encuentra, en primerísimo término, don José Sánchez Guerra, la personalidad política más prestigiosa del momento. Jefe del partido conservador durante largo tiempo, varias veces ministro y en dos ocasiones presidente del Consejo, hombre de singular entereza, vida ejemplar y austera con un elevado concepto de la propia responsabilidad, nadie le regatea su papel de protagonista en los primeros meses de 1930. Monárquico fervoroso, pero mantenedor con igual entusiasmo de las esencias constitucionales del Régimen, ha estado toda su vida frente a las dictaduras. En 1922, encontrándose en el poder, pudo frustrar la que entonces preparaba el teniente general Aguilera, con quien tiene un choque personal y violento en el propio edificio del Senado. Posteriormente lucha con todas sus fuerzas frente a la instaurada en 1923 por Primo de Rivera.

Contra ella actúa dentro de la legalidad mientras cree que su labor en este terreno puede ser útil; acude a la ilegalidad tan pronto como considera que no hay otro procedimiento para derribarla, fijando con perfecta honradez y meridiana claridad su postura en una amplia nota entregada al Rey en 1926 y en un manifiesto dirigido al país en 1927, al salir para el exilio. Más tarde, y ratificando con hechos sus palabras, se traslada a Valencia para acaudillar el movimiento de enero de 1929, negándose a huir cuando fracasa y arrostrando gallardamente sus responsabilidades. Tras unos meses de prisión, recobra su libertad al ser absuel-



AL MISMO TIEMPO QUE SANCHEZ GUERRA PREPARA SU IMPORTANTE DISCURSO, OTROS HECHOS DE RELIEVE SUCEDEN EN EL PAIS. POR EJEMPLO, LA DESIGNACION DEL NUEVO AYUNTAMIENTO DE MADRID, ENTRE CUYOS CONCEJALES FIGURA EL SOCIALISTA ANDRES SABORIT.



LA GRAN EXPECTACION QUE LEVANTARA EL ANUNCIO DEL DISCURSO DE SANCHEZ GUERRA SE VIO TRADUCIDA EN EL LLENO ZUELA. LAS OVACIONES QUE FUERON SUBRAYANDO LAS FRASES DEL POLITICO MONARQUICO NO IMPIDIERON EL DESACUER

to por el consejo de guerra que le juzga el 25 de octubre de 1929.

El general Berenguer, que poco después de la caída de la Dictadura conferencia con él en busca de apoyos morales para la difícil misión que don Alfonso le ha conñado, escucha de sus labios la petición de que se autorice un acto público en que exponer sus sentimientos y actitud. Pese a que el conde de Xauen recibe la clara impresión de que don José no está dispuesto a abandonar la significación conservadora y monárquica que informa toda su vida política, procura retrasar todo lo posible la concesión del oportuno permiso. "Conseguí de él —confiesa en su obra 'De la Dictadura a la República'— aplazarlo por el momento, mientras hacíamos la designación de los gobernadores de las provincias, montando nuestro instrumento de control y garantía del orden". Pero una vez designados los gobernadores y publicada la declaración minis-

terial no tiene, ni pretende buscarlos, pretextos para nuevos aplazamientos y da la autorización precisa para que la conferencia pueda celebrarse a finales de mes. Hay, sin embargo, una petición de los organizadores que niega en redondo: que el discurso pueda ser radiado a toda España. ¿Por qué? El conde de Xauen lo explica con perfecta claridad en la obra antes citada: "La radio —escribe— es instrumento insuperable de propaganda cuando sólo dispone de ella el poder en la ventajosa posición de un régimen restringido de libertad".

Basta que los periódicos anuncien para el 27 de febrero en el teatro de la Zarzuela la celebración de un acto en que don José Sánchez Guerra fijará su postura frente al presente político y al futuro inmediato de España, para que el país entero —sin excluir al Gobierno ni al propio palacio— viva unos días preocupado y pendiente de lo que el veterano gobernante haya de decir. Se tiene



A REBOBAR QUE EXPERIMENTO EL TEATRO DE LA ZARZUELA POSTERIOR DE NUMEROSOS SECTORES. (FOTO: ALFONSO.)

la absoluta seguridad de que la Zarzuela, aun siendo el local de mayor aforo de Madrid, resultará totalmente insuficiente para los muchos millares de personas que desearían asistir, tanto de Madrid como de provincias. Cinco días antes de la fecha fijada, los organizadores reciben infinidad de peticiones que no pueden materialmente atender, ya que no les queda una sola localidad por repartir. Podría hacerse un magnífico negocio vendiendo las invitaciones, aunque resulta más que dudoso que uno solo de los que las han conseguido la cediera a ningún precio. Se movilizan inútilmente amigos e influencias para contarse entre los afortunados espectadores de un acto que por anticipado califica todo el mundo como de trascendencia histórica.

Aumenta el interés general el absoluto desconocimiento de lo que don José Sánchez Guerra va a decir. Acerca de este punto fundamental hay opiniones para todos los gus-

tos, pero ninguna que tenga una base sólida. Cada uno piensa con arreglo a sus puntos de vista o sus tendencias personales, pero todos ignoran lo que en definitiva dirá el orador. Confían algunos en que sus palabras, aun siendo de dura crítica contra la Dictadura, sean en definitiva de franco apoyo para el régimen monárquico e incluso para la actuación personal de don Alfonso. Por el contrario, muchos esperan que, como lógica e incluso obligada consecuencia de lo sucedido en los últimos años, anuncie públicamente su abandono de la monarquía para ponerse con armas y bagajes al servicio de la República. Pero justo es consignar que tanto unos como otros lo piensan así en razón de sus deseos personales, que pueden coincidir o no con los propósitos del antiguo jefe del partido conservador. En realidad, nadie está seguro de nada, porque el interesado guarda un discreto silencio acerca de lo que se propone decir en el momento adecuado. Cuando se lo preguntan, no ya los periodistas, sino sus amigos íntimos e incluso sus familiares más próximos, se limita a contestar con una sonrisa melancólica en los labios que lo que se propone decir seguramente no agrada por completo a nadie excepto a sí mismo. A propósito de esta réplica, circula estos días por Madrid como anécdota una frase de la marquesa de Casa Valencia que al oír decir a Sánchez Guerra que su discurso no complacerá a los demás, contesta intencionada:

—Pues en ese caso, ¿por qué no se lo recita usted a usted mismo?

Tan pendiente está la opinión nacional de lo que haya de decirse en el acto de la Zarzuela que apenas se presta la debida atención a otros acontecimientos que se desarrollan en estos días, como la constitución del nuevo Ayuntamiento de Madrid, a cuyo frente, designado como alcalde, se encuentra don José María de Hoyos y Vinent, marqués de Hoyos, grande de España, gentilhombre de Cámara de Su Majestad y coronel de Artillería. El marqués de Hoyos ha sido con anterioridad senador por derecho propio, consejero de Estado y presidente de la Cruz Roja; el marqués de Hoyos será nombrado dentro de un año ministro de la Gobernación en el último Gabinete de la monarquía, y como tal organizará las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Su nombramiento como alcalde reviste cierto interés, como lo tiene el Consejo capitalino que se constituye bajo su presidencia, y en el que figuran, aparte de los veinticinco mayores

contribuyentes, varios concejales republicanos y socialistas, y entre ellos, Andrés Saborit, condenado a cadena perpetua por su participación en la huelga general revolucionaria de 1917. (Pese a que una mayoría absoluta de ediles pertenece a los partidos monárquicos, algunos considerarán en los meses próximos que don Andrés Saborit es el verdadero alcalde de la ciudad.)

CAPITAL: 140 PESETAS

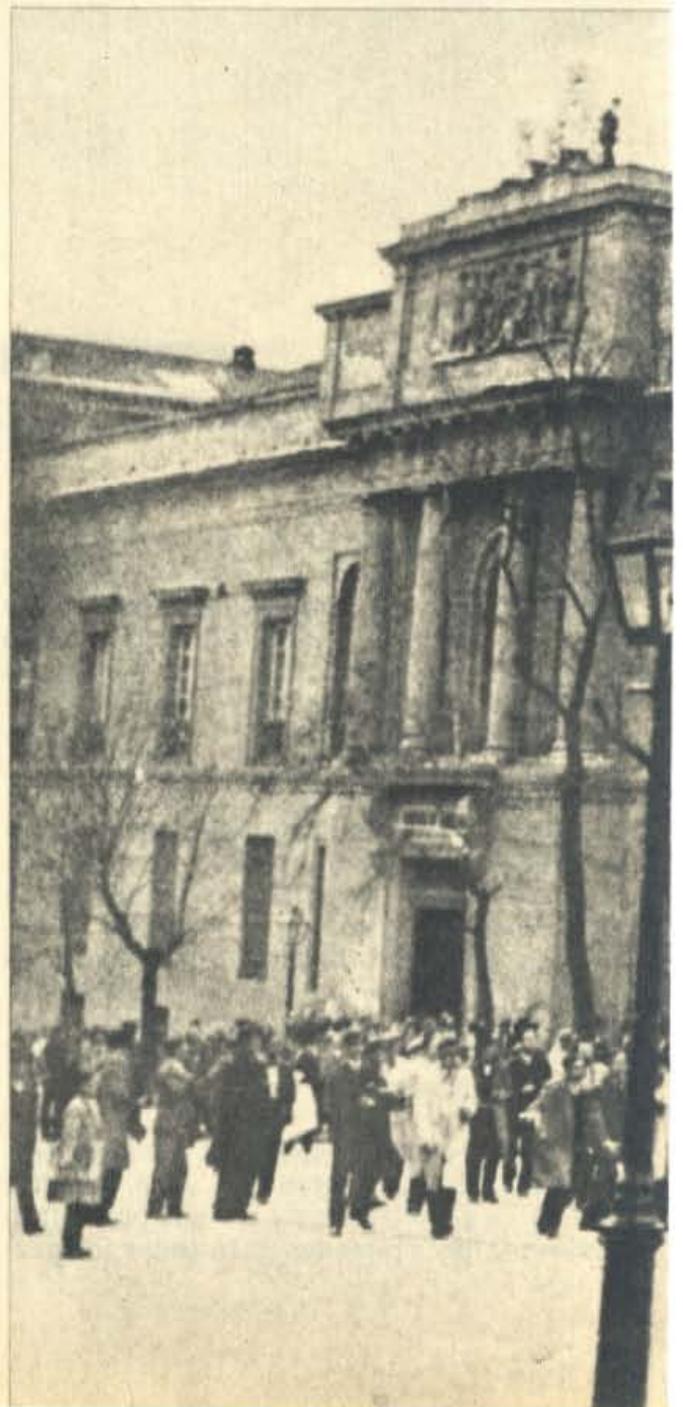
La atención nacional, repetimos, se desentiende un poco de este y otros acontecimientos —la restitución del Ateneo a la junta presidida por don Gregorio Marañón, legalmente elegida por los socios y destituida hace años por el general Primo de Rivera, es uno de ellos— para centrarse en torno al esperado discurso de don José Sánchez Guerra. Todos los periódicos madrileños destacan la importancia del acto que va a celebrarse en la Zarzuela. En la mañana del jueves 27 de febrero "La Libertad", diario de clara e inequívoca significación liberal, dice textualmente: "No hay en nuestro país nadie, sean cuales fueren sus opiniones políticas, que no vea en la figura de don José Sánchez Guerra la representación noble y austera de un personaje histórico, que con sus decisiones puede influir de manera decisiva en el porvenir de España. Lo recordaba anteayer Burgos Mazo, aludiendo al día en que Sánchez Guerra, por simples requerimientos de su conciencia, desoyendo sollicitaciones de cuantos grandes intereses, poderosas amistades y hondos afectos le querían disuadir de su resolución, traspuso la frontera para luchar contra la Dictadura, y lo decía con estas palabras: 'El día en que pisaba Francia el jefe del partido conservador español, dos veces jefe del Gobierno, ex presidente de las Cortes, ministro tantas veces, tenía en su cuenta corriente ciento cuarenta pesetas'. Este dato por sí solo dice más que todo cuanto pudiera escribir una pluma liberal, pero justiciera, en honor de este hombre austero, que cimentó sobre su incorruptible probidad, como pilastra maestra, uno de los más altos prestigios de la España de hoy. ¡Qué contraste con otros hombres que se titulan salvadores del país y que lo han llevado a la síma de las deshonestidades!'

El último párrafo de "La Libertad" podrá parecer un simple latiguillo demagógico a los lectores de hoy, a cuarenta y cinco años de distancia de los acontecimientos. Pero alude, como sabían perfectamente los lec-

tores de entonces, a una alocución del propio Sánchez Guerra a los oficiales del V Regimiento Ligero de Artillería, de guarnición en Valencia, cuando el 30 de enero de 1929 desembarca en la ciudad levantina para encabezar un movimiento insurreccional contra la Dictadura. En aquella ocasión, y a petición de sus oyentes, el veterano político conservador dice en el cuarto de banderas de la mencionada unidad lo siguiente:

—Señores oficiales: Ha llegado el momento de luchar por los fueros de vuestra dignidad. Hombres que vestís ese honroso uniforme no pueden soportar tanta humillación. Debemos realizar la obra magnífica de devolver a España su libertad. Esa es la verdadera tra-

EN SU DISCURSO DEL TEATRO DE LA ZARZUELA, SANCHEZ GUERRA ATROPELLADAS Y ARRUINADAS», VÍCTIMAS DEL RÉGIMEN AN-



dición del Ejército que logró la victoria en tres guerras civiles contra el absolutismo. Estamos ahora bajo la peor de las dictaduras: la del latrocinio y la estafa. Durante la Dictadura han fallecido dos ex ministros del antiguo régimen y todos sabemos que dejaron a su familia en la miseria. De los de la Dictadura ha muerto uno sólo, el duque de Tetuán, que cuando se encargó de la cartera estaba entrampado y que a su muerte dejó cuatro millones de pesetas. Pensad en los monopolios, en las concesiones abusivas, en la Deuda Pública, en las acciones liberadas y en la ruina de nuestra hacienda.

Todos los lectores recuerdan esta famosa

alocución al leer el comentario de "La Libertad", que aumenta el ya desbordante interés por escuchar lo que ahora, el 27 de febrero de 1930, tenga que decir el mismo orador. Es un día de trabajo y el acto está anunciado para las cuatro de la tarde. Desde varias horas antes, en las calles cercanas a la Zarzuela se apiña una multitud expectante y enfervorizada. Apenas se abren las puertas del teatro, la gente ocupa todas las localidades y llena por completo pasillos, escaleras y vestíbulo. Grupos de jóvenes, que secundan a los acomodadores, pugnan por contener a la muchedumbre, que sigue peleándose por entrar cuando el aforo está más que cubier-

ERRA CALIFICO A LA DICTADURA DE «CRUEL». ALUDIO TAMBIEN A «LAS GENTES PEQUEÑAS, VEJADAS, HUMILLADAS. TERIOR. EN LA FOTO, UNA MANIFESTACION ESTUDIANTIL CONTRA LA DICTADURA ANTE LA FACULTAD DE MEDICINA DE SAN CARLOS.





LAS PALABRAS DE SANCHEZ GUERRA
SIGNIFICARON EL MAS DEMOLEDOR ATAQUE
CONTRA LA MONARQUIA ESPAÑOLA
ENCARNADA EN LA PERSONA
DE DON ALFONSO XIII.
POCO MAS DE UN AÑO DESPUES,
EL REY ABANDONARIA ESPAÑA.

Sanchez Guerra

to. Para impedirlo tienen que intervenir guardias de seguridad, que se colocan ante las puertas a fin de que no sean derribadas por el público.

A las cuatro de la tarde hay tres veces más gente fuera que dentro. Millares de personas se apelotonan en las calles adyacentes de Jovellanos, Zorrilla, Los Madrazo y Florida-blanca, llenándolas por completo. La multitud ocupa por entero todo el amplio espacio comprendido entre la Carrera de San Jerónimo, la calle de Alcalá, Cedaceros y Marqués de Cubas. La Dirección General de Seguridad, que hace tan sólo catorce días ha sido ocupada por el general Mola, toma extraordinarias medidas de precaución, situando fuertes retenes de guardias y policías en torno al edificio del Congreso, el Círculo de Bellas Artes y, un poco más lejos, en el Prado y en las plazas de Canalejas, Cánovas y Castelar. Cuando dan las cuatro, la expectación popular alcanza su punto culminante.

LA RESPONSABILIDAD DE LA DICTADURA

Al aparecer don José Sánchez Guerra en el escenario de la Zarzuela, cuantos han conseguido entrar en el amplio local se ponen automáticamente en pie. Una enorme ovación, entremezclada con estentóreos vivas a la dignidad nacional, acoge la presencia del anciano ex presidente del Consejo. La ovación se prolonga durante minutos, adquiriendo mayor fuerza a cada instante. Visiblemente emocionado, don José Sánchez Guerra hace grandes esfuerzos por dominarse. La intensidad de los aplausos y los vítores hacen que algunas lágrimas nublen un momento la vista del veterano político. Sin embargo, cuando al cabo de un rato puede empezar a hablar, lo hace con serenidad y firmeza.

—Si esos aplausos —comienza— que resuenan en el fondo de mi alma, representan vuestro asentimiento, vuestra aprobación a mis actos durante un largo período de tiempo, en España y fuera de España, no sólo los agradezco, sino que los recojo y los acepto porque, en conciencia, creo merecerlos.

Una fuerte ovación acoge estas palabras, cortando el hilo de su disertación. El orador pide silencio a los asistentes y, cuando lo consigue, continúa lo que estaba diciendo, sin que los aplausos le hayan desviado de lo que pretendía decir.

—Si por el contrario, significan una esperanza, un anticipado aplauso a lo que suponéis que yo voy a deciros, repitiendo e imitando la conducta de muchos autores que pasaron por este escenario o por otros, yo tendría que decir: "El autor ruega al público que reserve su juicio hasta el final de la obra".

Sánchez Guerra advierte a todos a continuación que viene a cumplir lisa y llanamente con su deber. Precisa que si para un hombre público resulta a veces más difícil conocer el deber que cumplirlo, él no sólo está convencido de cuál es su deber, sino dispuesto a cumplirlo. Lo cumplirá haciendo su discurso; no el que otros quisieran que hiciese ni el que los demás harían si estuvieran en su posición.

Elogia las grandes virtudes de doña María Cristina de Habsburgo durante su actuación como regente y el acierto con que una serie de grandes políticos liberales y conservadores, respetuosos con la Constitución, le ayudaron en el trance difícil en que la puso la muerte de su esposo, antes incluso del nacimiento de su hijo don Alfonso XIII. La lealtad de todos con el país hizo que grandes masas, republicanas o poco adictas a la Monarquía, fueran incorporándose al Régimen. Ahora, en cambio, está sucediendo lo contrario: que muchos monárquicos están con la República o van hacia la República.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué este cambio? Pues ha pasado, aparte de otras muchas cosas que sería largo enumerar, que muchos o todos las habéis vivido, que ha pasado una Dictadura; una Dictadura de la que muchas veces he oído decir que no ha sido sanguinaria, y en realidad no lo ha sido, pero ha sido cruel. ¿Verdad que es raro y hasta antagónico esto que digo? Pues digo la verdad. Porque, ¿qué concepto tienen de la vida y qué aprecio hacen de la vida los que creen que con respetarla ya han sido correctos, ya han sido generosos? ¿Es generoso o cruel aquel que respeta la vida y condena a aquellos hombres cuya vida respeta a vivir sin honor? Eso no es ser sanguinario, pero es ser cruel y de eso tenemos muchos, muchísimos casos en España.

Antes de seguir adelante, Sánchez Guerra precisa que al hablar así no se refiere exclusivamente a las personalidades conocidas y famosas, sino también a las gentes pequeñas, vejadas, humilladas, atropelladas y arruinadas que también merecen todo género de respetos. Nadie que le conozca pue-

de suponerle capaz de injuriar y escarnecer a los enemigos, porque ha dicho y repite que le repugnan los valientes de hoy más que los cobardes de ayer, que muchas veces son los mismos.

—Pero esta consideración personal, ¿quiere decir que yo diga, ni me resignaría a ello, que no se les exija por sus actos las responsabilidades que hayan contraído? ¡Ah, no! ¡Todo lo contrario! Porque pensar que España hubiese contemplado todo lo que hubo de contemplar y después, cuando llega un momento de estos, no hubiese más que decir aquella frase tan manoseada, que ha aparecido también en labios de otros oradores: "Borrón y cuenta nueva", no, eso no será, eso no puede ser. Antes de ir a la cuenta nueva hay que examinar y analizar químicamente el borrón.

Entre las responsabilidades a que alude se encuentran las diatribas y calumnias constantes y permanentes contra unos hombres públicos, unos políticos a los que se amordazaba para que no pudieran defenderse. Con la frente muy alta, cree poder afirmar que aún en el caso de ser esos políticos los bandidos desalmados de que se hablaba a la opinión, había quien estando en lo más alto, estaba incapacitado para juzgarles, porque muchas de las culpas que se les achacaban eran producto de su lealtad, ya que asumían responsabilidades que no les correspondían, y con un concepto hidalgo de la propia responsabilidad, amparaban siempre la irresponsabilidad constitucional de la Corona.

—La Dictadura vino... ¡ya sabéis cómo vino! Yo, dándome cuenta de lo que digo, y diciendo lo que pienso, digo que a la Dictadura y al modo de venir la Dictadura se le podría bien aplicar (para decirlo con todos los respetos he de refugiarme en mis aficiones literarias) con el sólo cambio de una palabra, aquella décima famosa que atribuyeron muchos a Góngora al hablar de la muerte del conde de Villamediana:

**"Mentidero de Madrid
decidme, ¿quién mató al conde?
Ni se sabe, ni se esconde.
Sin discurso discurred.
Dicen que le mató el Cid,
por el conde Lozano.
¡Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso soberano".**



"EL SEÑOR SANCHEZ GUERRA NO HA RETROCEDIDO, PERO TAMPOCO AVANZADO". ESCRIBIO INDALECIO PRIETO, CALIFICO TAMBIEN AL DISCURSO DE "PIEZA ORATORIA DEFECTUOSISIMA".

La más estruendosa ovación hasta este momento oída acoge los últimos versos de la décima. Cuando se hace el silencio, Sánchez Guerra expresa su dolor por decir lo que dice, pero se expresa así a conciencia de su responsabilidad y en honor a la verdad. No se puede hablar de irresponsabilidad constitucional y él ya dijo en repetidas ocasiones, donde habla que decirlo, de palabra y por escrito, que el Rey no podía ser beligerante. No es admisible desdeñar las normas constitucionales y después de haberlas escarnecido, humillado y atropellado, pretender ampararse en la irresponsabilidad constitucional.

No cabe duda de que existen unas responsabilidades que habrá que exigir. En las Cortes futuras, desde luego; pero llevando preparado el Gobierno la ponencia que indique el modo de hacerlas efectivas. Resulta bizantina la discusión acerca de si esas Cortes habrán de ser constituyentes u ordinarias porque entiende que, dadas las circunstancias, esas Cortes habrán de ser constituyentes, convóquense como se convoquen. Como hombre de gobierno y de inclinaciones conservadoras, es enemigo de algaradas y motines, pues sigue sosteniendo



POR EL CONTRARIO, PARA GREGORIO MARAÑÓN EL ACTO DE LA ZARZUELA FUE «UNO DE LOS SUCESOS CULMINANTES DE NUESTRA HISTORIA CONTEMPORÁNEA». POR MEDIO DE SÁNCHEZ GUERRA, AFIRMO, «HAN HABLADO MILLARES DE ESPAÑOLES».

que para salir de la ilegalidad no hay más camino que la legalidad.

—Yo lo he sido todo en España —prosigue—, por haberlo sido todo estoy aquí y estuve en otras partes. Pero decir que lo he sido todo en España y añadir de pronto: “Está bien, pues ahora no me importa nada de lo que en España pase, y yo busco mi comodidad y mi tranquilidad”. ¡Ah, eso no! Eso, a mi juicio, hubiera sido una vileza y no lo hago, y por eso estoy aquí, y por eso estuve en Valencia y por eso estuve en París. Pero yo tengo una gran fuerza; y es que no aspiro a nada para mí, sino para España.

Dando la cara como siempre acostumbra a darla, con toda sinceridad y nobleza, afirma que no es republicano, pero que reconoce el derecho que España tiene, si quiere, de serlo. No lo dice tan sólo ahora y aquí, por cuanto lo ha dicho antes muchas veces donde resultaba difícil decirlo —porque está convencido de que son más las ocasiones en que las monarquías han caído por su culpa y por las nefandas adulaciones de los cortesanos, que aquellas en que se derrumbaron ante los ataques de sus enemigos—, que negar esa posibilidad es una insensatez y un

agravio a la capacidad e inteligencia del pueblo español. Si las formas republicanas han podido triunfar en otros países, ¿por qué negar esa posibilidad en nuestro país? Pero precisamente por no ser republicano y haber desempeñado los más altos cargos en la Monarquía, asegura que hay una cosa muy difícil y peligrosa en el sistema constitucional, y es aceptar el cargo de jefe de un gobierno.

—El que acepta la jefatura de un gobierno compromete ante el Trono al jurar —yo doy gran importancia al juramento— su lealtad, su probidad, su honor; pero en un pacto tácito que allí se establece, recibe en cambio la seguridad de la lealtad de quien recibe el juramento, y resulta allí comprometida la probidad y el honor, y es ello un intercambio de confianzas. Y yo os digo hoy que he perdido la confianza en la confianza.

Una ensordecedora ovación interrumpe unos momentos el discurso de Sánchez Guerra. Cuando cesan los aplausos y los vítores, el orador, con parecida emoción que al empezar su disertación, concluye:

—Yo quiero aclarar y fijar de un modo definitivo mi postura personal. Quiero seguir guardando todos los respetos que toman su origen en mi propio respeto. Y refugiándome, como antes, en la literatura, afición mía incurable, voy a expresarla, primero trayendo a vuestra memoria el cuadro famoso de Moreno Carbonero, “La conversión del duque de Gandía”, y la postura del protagonista, y, luego, expresando en ese mismo trance, con palabras de mi paisano el duque de Rivas, en uno de sus hermosos romances, las que él puso en labios del duque al contemplar el cadáver de doña Isabel:

**“No más abrasar el alma
en sol que apagarse puede;
no más servir a señores
que en gusanos se convierten”.**

Los versos, que definen de forma diáfana la postura de Sánchez Guerra frente a la persona que en estos momentos encarna la institución monárquica, producen una profunda impresión en el auditorio. Tan honda, que muchos no aciertan a sobreponerse a ella con la rapidez precisa para sumarse a los aplausos y vítores con que una mayoría de espectadores puestos en pie aclaman al ex presidente del Consejo cuando abandona el escenario.



EL ALMIRANTE AZNAR FUE EL ÚLTIMO JEFE DE GOBIERNO CON QUE CONTO LA MONARQUÍA, TRAS FRACASAR EL PROPIO SÁNCHEZ GUERRA EN EL EMPUÑO DE REUNIR UN GABINETE QUE SUCEDIESE AL DE BERENGUER. CONTEMPLAMOS EL MOMENTO EN QUE EL ALMIRANTE AZNAR VOTA EN LAS DECISIVAS ELECCIONES DEL 12 DE ABRIL DE 1931.

REACCIONES DESPUES DEL DISCURSO

El discurso de Sánchez Guerra produce el efecto de un mazazo tanto en el Gobierno como en los círculos palatinos y aristocráticos. Unos y otros se dan perfecta cuenta de la gravedad de los conceptos vertidos y de la dureza demoledora del ataque contra don Alfonso. Incluso tienen que convenir en que sus efectos hubieran revestido menor trascendencia de haberse declarado Sánchez Guerra abiertamente republicano. En efecto, otros políticos monárquicos lo harán en los meses próximos, sin que ninguno de ellos ocasione tanto quebranto a la Corona. El Gobierno se reúne pocas horas después para examinar detenidamente la situación que plantea.

—El señor Sánchez Guerra —dice Berenguer a los periodistas—, persona a quien guardo todo respeto, se ha expresado esta tarde en términos que, más que otra cosa, me han producido tristeza. El discurso lo he leído a

la ligera, y sobre él nada más puedo decir. Aparte de esto, habrán podido advertir ustedes, por algunos incidentes de esta tarde, que aún no es llegado el momento de la aplicación de ciertas tolerancias que nosotros nos proponíamos ir aplicando.

Tanto como el discurso en sí, preocupa a los gobernantes los sucesos a que alude el conde de Xauen en su charla con los periodistas y, de manera esencial, la actitud de la fuerza pública al disolver las manifestaciones callejeras que se forman al terminar el acto de la Zarzuela. En opinión del general Marzo, ministro de la Gobernación, y del también general Mola, director de Seguridad, se ha comportado en forma tan negligente que incluso pudiera considerarse complaciente con los manifestantes. Si Mola ordena abrir una investigación, el Gobierno aprovecha la ocasión para reiterar sus órdenes a fin de que "las fuerzas gubernamentales hagan estricta aplicación de los reglamentos de Orden Público y los de sus respectivos Insti-

tutos". Al finalizar el Consejo se hace pública una nota oficial en la que, tras recordar a todos que en pura doctrina constitucional siempre hay un responsable legal de los actos de la Corona, al que puede exigírsele por sus trámites legales cuentas del proceder seguido, sin que por ello sea dable aprovecharse de unas circunstancias determinadas para atacar instituciones que están por encima de toda discusión, se añade:

"No cree el Gobierno haber sido correspondido en la lealtad con que se ha conducido desde el primer momento. Deseó de todos que se le ayudara en su obra de restablecer las libertades constitucionales, dando lugar a la reconstrucción de los núcleos políticos, haciendo labor afirmativa, no negativa y demoleadora. Por eso tiene que reflexionar y adoptar medidas que una elemental prudencia le aconseja, para que no se frustre el intento de normalidad que todos desean. El Gobierno, con la mayor serenidad, está dispuesto a rechazar la violencia, venga de donde viniere, y a afrontar su posición defensora de la normalidad jurídica y constitucional".

De conformidad con lo que anuncia en su nota, una de las primeras medidas del Gobierno Berenguer consiste en frenar la rapidez de la marcha hacia la normalidad, y aplazar de una manera indefinida otros actos públicos ya anunciados. Entre ellos, unos discursos en que don Alejandro Lerroux, en nombre de los partidos republicanos, y don Melquiades Alvarez, en representación de los reformistas, habrían de fijar su posición ante la pasada Dictadura y a la casi recién nacida "Dictablanda", aunque por fortuna el aplazamiento será sólo de unas cuantas semanas.

Con el discurso de Sánchez Guerra sucede algo de lo anunciado con anterioridad por el propio interesado: que sus palabras no parecen agradar por completo a nadie. Aparte de las manifestaciones callejeras a que da lugar y pretexto y de las medidas con que el Gabinete Berenguer pretende contrarrestar sus efectos en la opinión pública, se produce una mayoría de opiniones adversas. A los monárquicos les indigna porque sus palabras entrañan un ataque directo y personal a quien ocupa el Trono; a los republicanos les disgusta porque, contra lo que muchos de ellos esperaban, no se ha declarado abiertamente enemigo de la Monarquía. Mientras, el 28 de febrero, le combaten con dureza periódicos de tan clara significación monár-

quica como "ABC", "El Imparcial", "La Nación" y otros de parecida orientación, algunos izquierdistas no pueden disimular su ligero desencanto.

"Todo induce a pensar — escribe 'El Liberal' — que el ilustre sublevado de Valencia organizó el acto de la Zarzuela para poner a prueba su voluntad firme, no entregándose a unos ni a otros, y para fijar su posición en términos que no dejan lugar a dudas, a pesar de la ambigüedad aparente de la definición. ¿Es monárquico o es republicano?". Por su parte, Luis de Tapia dice en sus "Coplas del día" de "La Libertad" que si Sánchez Guerra dijo bastante en opinión del orador, en la del coplero dijo muy poco. Más duro es el juicio que sus palabras merecen a Indalecio Prieto, quien en una impresión publicada en "El Liberal" de Bilbao, escribe: "Todo su discurso fue una pieza oratoria defectuosísima. Pero esto, en relación con la trascendencia del acto, pasa a orden muy secundario, sobre todo ante nuestro convencimiento de que el señor Sánchez Guerra dijo — mejor o peor hilvanado, con más o menos arte — cuanto se propuso decir. El señor Sánchez Guerra no ha retrocedido, pero tampoco avanzado". Resumiendo la impresión republicana, Roberto Castrovido afirma en un diario valenciano: "Al final, resonaron los aplausos más tibios que al aparecer en escena. Los que sin fundamento esperaban declaraciones republicanas quedaron desilusionados".

En cualquier caso, los comentarios periodísticos más significativos y mejor orientados son los de "El Sol" y "ABC" que, si coinciden en la desilusión causada por el orador en muchos de sus oyentes, discrepan en todo lo demás. "ABC" escribe en su número del 28 de febrero de 1930: "Establecida ya la Dictadura, les corresponde también a los viejos políticos responsabilidades de incapacidad, porque no han sabido contribuir a la normalización y todo lo han esperado de la Monarquía, que, ahora como siempre, ha estado sola en la dificultad. Nadie lo sabe mejor que el señor Sánchez Guerra, sólo también en la protesta activa. Como hombres de conciencia, no ya como monárquicos, tenemos que protestar enérgicamente contra la injusticia del trato que dan al Rey algunos personajes de la Monarquía. Sobre la forma de Gobierno decide siempre la soberanía nacional; no tiene este derecho limitación de circunstancia ni de momento. Esta opinión del señor Sánchez Guerra es nuestra también; pero no nos evita el dolor



EL MULTITUDINARIO CONSENSO NACIONAL QUE ACOGIO CON ENORME ENTUSIASMO LA LLEGADA DE LA REPUBLICA QUEDA SIMBOLIZA



DO POR ESTA IMAGEN DE LA PUERTA DEL SOL MADRILEÑA TOMADA LA MISMA TARDE EN QUE FUE PROCLAMADO EL NUEVO REGIMEN.

de ver que el ilustre ex presidente, resuelto a no tener señor que se le convierta en gusano, no comprende que un día pueden ser sus señores los gusanos a quienes ha favorecido con su discurso y actitud".

"Acaso algunos oyentes del señor Sánchez Guerra —dice 'El Sol' de la misma fecha— se han sentido defraudados del discurso y, sin duda, ese sentimiento ha de ser más explotado para el comentario por ellos que por quienes se han visto rebasados. En nosotros no existe decepción. El señor Sánchez Guerra ha dado toda su talla y algo más. Precisamente la importancia de su discurso consiste en que no ha hablado como un ardoroso radical neófito, sino con toda su significación de hombre conservador y monárquico, que ha sido jefe del Gobierno de su majestad. No esperábamos del señor Sánchez Guerra el abandono de sus ideas de monárquico constitucional, sino precisamente que, afirmándolas, le sirvieran de sólida base para deducir rigurosamente las conclusiones a que llegó en su discurso. Porque esto hemos de ver en él: la experiencia monárquica que presenta al país un monárquico convencido; el documento vivo de un jefe de Gobierno monárquico".

Tan interesantes y tan distanciadas entre sí como las opiniones de "ABC" y "El Sol", son las de dos personajes políticos, el conde de Bugallal —que acaba de ser designado jefe del partido conservador en el puesto que durante mucho tiempo ocupó Sánchez Guerra— y el doctor Marañón, que hace tan sólo unos días ha sido repuesto, como antes queda dicho, en la presidencia del Ateneo madrileño. Bugallal declara:

—El partido conservador no puede suscribir, ni suscribe, los conceptos expresados por el señor Sánchez Guerra en su discurso. La Dictadura vino por un movimiento de opinión pública. El Rey la aceptó porque la voluntad popular la impuso. Cometió muchas torpezas y muy grandes en el orden económico y judicial, sobre todo en este último, que condeno con toda energía, pero era y es labor de las Cortes la revisión de esa obra.

Por su parte, don Gregorio Marañón demuestra la claridad de su juicio al afirmar:

—Será un ciego el que no vea en el acto de hoy (que no ha sido el discurso de una persona, sino la voz por la que han hablado millares de españoles) uno de los sucesos

culminantes de nuestra historia contemporánea. Se puede sentirlo o alegrarse, pero hay que acatar la realidad de un estado de opinión, que ha sido definido esta tarde, no por un ciudadano particular, sino por quien ha sido con toda autoridad, jefe de los conservadores españoles y varias veces consejero del Rey. Como acto de lealtad ciudadana, no recuerdo ninguno que verdaderamente se le parezca.

DESCALIFICACION MORAL DEL MONARCA

¿Qué consecuencias tuvo este discurso pronunciado ahora hace cuarenta y cinco años? Los nueve lustros transcurridos desde entonces nos proporcionan la perspectiva necesaria para calibrarlo en su justa medida. Fue, sin duda, el más demoledor ataque contra la monarquía española encarnada en la persona de don Alfonso XIII. La "falta de confianza en la confianza" que don José Sánchez Guerra proclamase a los cuatro vientos desde el escenario del teatro de la Zarzuela, se interpretó en la España de 1930 como una descalificación moral del soberano. Frente a ella, fueron inútiles todos los esfuerzos de Berenguer e incluso del propio monarca por enmendar pasados errores. El veredicto popular del 12 de abril de 1931 fue la sentencia lógica de la acusación lanzada catorce meses antes por el veterano e incorruptible político conservador.

En otro mes de febrero —el de 1931—, don Alfonso encarga al propio Sánchez Guerra la difícil misión de formar Gobierno. Acepta el ex presidente porque sigue siendo monárquico de corazón, pero fracasa en el intento. No tanto, como se ha pretendido, por la negativa a prestarle su colaboración los miembros del Comité Revolucionario, más tarde Gobierno provisional de la República, cuya ayuda solicita visitándoles en la cárcel, sino por una maniobra en que contra sus proyectos se unen liberales, centristas y conservadores. Se constituye así el postrer gobierno de la Monarquía, presidido por el almirante Aznar y en el que participan prohombres de la vieja política —Bugallal, Cierva, Romanones, Alhucemas, Maura— con cuyo concurso no pudo contar Berenguer al formar el primer Gabinete de la llamada "Dictablanda". Pero ya es demasiado tarde para salvar nada y dos meses más tarde, el 14 de abril, se hunde la monarquía, herida de muerte en realidad por el discurso de la Zarzuela del 27 de febrero de 1930.

■ E. DE G.

¡Españoles!

Surge de las extrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y un impulso que nos mueve a procurarla.

Puestas sus esperanzas en la República, el pueblo está ya en medio de la calle.

Para servirle hemos querido tramitar la demanda por los procedimientos de la ley y se nos ha cerrado el camino: cuando pedíamos justicia se nos arrebató la libertad; cuando hemos perdido la libertad se nos ha ofrecido como concesión unas Cortes amañadas como las que fueron barridas, resultantes de un sufragio falsificado, convocadas por un Gobierno de dictadura, instrumento de un rey que ha violado la Constitución y realizadas con la colaboración de un caciquismo omnipotente.

Se trata de salvar un régimen que nos ha conducido al deshonor como Estado, a la impotencia como Nación y a la anarquía como Sociedad.

Se trata de salvar una dinastía que parece condenada por el destino a disolverse en la delincuencia de todas las miserias fisiológicas.

Se trata de salvar un rey que cimentó su trono sobre las catástrofes de Cavite y Santiago de Cuba, sobre las osamentas de Monte Arruil y de Anaul; que ha convertido su cetro en vara de medir y que refuza el prestigio de su majestad en acciones liberales.

Se trata, por los hombres del pasado y del presente, de una cruzada contra los hombres del porvenir, para estorbar la acción de la justicia popular que reclama enérgicamente las responsabilidades históricas.

No hay atentado que no se haya cometido, abuso que no se haya perpetrado, inmoralidad que no haya trascendido a todos los órdenes de la Administración pública, para el provecho ilícito o para el despilfarro escandaloso.

La fuerza ha sustituido al Derecho, la arbitrariedad a la ley, la licencia a la disciplina. La violencia se ha erigido en autoridad y la obediencia se ha relajado a sumisión. La incapacidad se pone donde la competencia se inhibe. La jactancia hace veces de valor y de honor la desvergüenza.

Hemos llegado por el despeñadero de esta degradación al pantano de la ignominia presente. Para salvarse y redimirse no le queda al país otro camino que el de la revolución.

Ni los braceros del campo ni los propietarios de la tierra, ni los patronos ni los obreros, ni los capitalistas que trabajan ni los trabajadores ocupados o en huelga forzosa, ni el productor ni el contribuyente, ni el industrial ni el comerciante, ni el profesional ni el artesano, ni los empleados ni los militares, ni los eclesiásticos... nadie siente la inferior satisfacción, la tranquilidad de una vida pública jurídicamente ordenada, la seguridad de un

patrimonio legítimamente adquirido, la inviolabilidad del hogar sagrado, la plenitud de vivir en el seno de una Nación civilizada.

De todo este desastre brota espontánea la rebelión de las almas que viven sin esperanza y se derrama sobre los pueblos que viven sin libertad. Y así se prepara la hecatombe de un Estado que carece de justicia y de una Nación que carece de ley y de autoridad.

El pueblo está ya en medio de la calle y en marcha hacia la República.

No nos apasiona la emoción de la violencia culminando en el dramatismo de una revolución, pero el dolor del pueblo y las angustias del país nos emocionan profundamente.

La revolución será siempre un crimen o una locura donde quiera que prevalezcan la justicia y el derecho, pero es derecho y es justicia donde prevalece la tiranía.

Sin la asistencia de la opinión y la solidaridad del pueblo nosotros no nos moveríamos a provocar o dirigir la revolución. Con ellas salimos a colocarnos en el puesto de la responsabilidad, eminencia de un levantamiento nacional que llama a todos los españoles.

Seguros estamos de que para sumar a los nuestros sus contingentes se abrirán las puertas de los talleres, de las fábricas, de los despachos, de las Universidades, hasta de los cuarteles, porque en esta hora suprema todos los soldados ciudadanos libres son, y todos los ciudadanos soldados serán de la revolución al servicio de la patria y de la República.

Venimos a derribar la fortaleza en que se ha encastillado el Poder personal, a meter la Monarquía en los archivos de la Historia y a establecer la República sobre la base de la soberanía nacional representada en una Asamblea Constituyente. De ella saldrá la España del porvenir y un nuevo Estatuto inspirado en la conciencia universal que pide para todos los pueblos un Derecho nuevo, un modo de aspiraciones a la igualdad económica y a la justicia social.

Entretanto nosotros, conscientes de nuestra misión y de nuestra responsabilidad, asumimos las funciones del Poder Público con carácter de Gobierno provisional.

¡Viva España con honra! ¡Viva la República!

Niceto Alcalá Zamora.—Alejandro Lerroux García.—Fernando de los Ríos.—Manuel Azaña.—Santiago Casares Quiroga.—Indalecio Prieto.—Miguel Maura Gamazo.—Marcelino Domingo.—Alvaro de Albornoz.—Francisco Largo Caballero.—Luis Nicolau d'Oliver.—Diego Martínez Barrios.